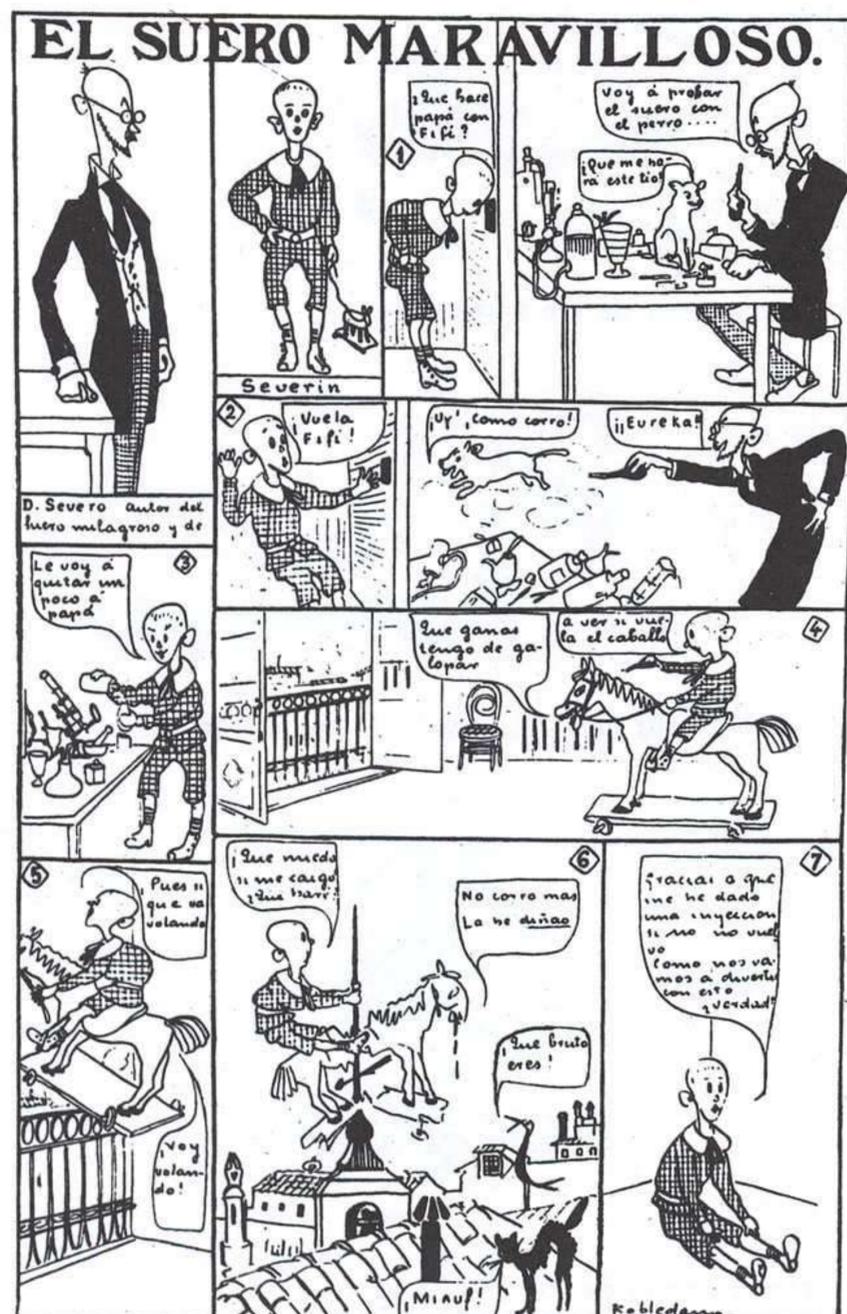


Breve historia de la historieta española

por Felipe Hernández Cava*



El artículo propone un breve viaje a través de la historia, para acercarnos a lo que ha sido la evolución de la historieta española desde su nacimiento, a finales del siglo pasado, hasta la actualidad.

Una historieta que nació de la mano de creadores excepcionales como Apelles Mestres, Bartolozzi, Junceda, Opisso o Robledano; que alcanzó su época dorada en los años 40, con héroes de la talla de El Capitán Trueno, Roberto Alcázar y Pedrín o el Guerrero del Antifaz, o con publicaciones como el TBO, Pulgarcito o Jaimito; que llegó a su mayoría de edad en los 60; y que vivió un momento de euforia dos décadas después con El Víbora, Cairo o Madriz.

ROBLADANO, SUERO MARAVILLOSO EN INFANCIA 1, 1910.



Caricaturas de Apel.les Mestres, (izquierda) y Apa publicadas en Virolet, 1923.



Creadores excepcionales

Xaudaró, Opisso, Serra Massana, Donaz, Apa, Rapsomanikis, Junceda, Robledano (que da un paso de gigante al realizar, en 1910, *El suero maravilloso*, contada de principio a fin sólo con bocadillos), Urda, K-Hito, Mihura, Bartolozzi, Freixas, Tono, Moreno, Barbero y otros muchos profesionales, consiguen calar en un público mayoritario con unas obras que aún hoy siguen sorprendiéndonos por su modernidad, ya que resultan más próximas gráficamente a las inquietudes actuales que muchos otros trabajos de realización más reciente.

Al mismo tiempo, y de forma evidente en los años 30, llegan a los lectores españoles muchos de los héroes de la calificada como «Edad de Oro» estadounidense: Flash Gordon, El Hombre Enmascarado, Jorge y Fernando, Tarzán, Buck Rogers, Jim de la Jungla, Mickey Mouse, Popeye y otros.

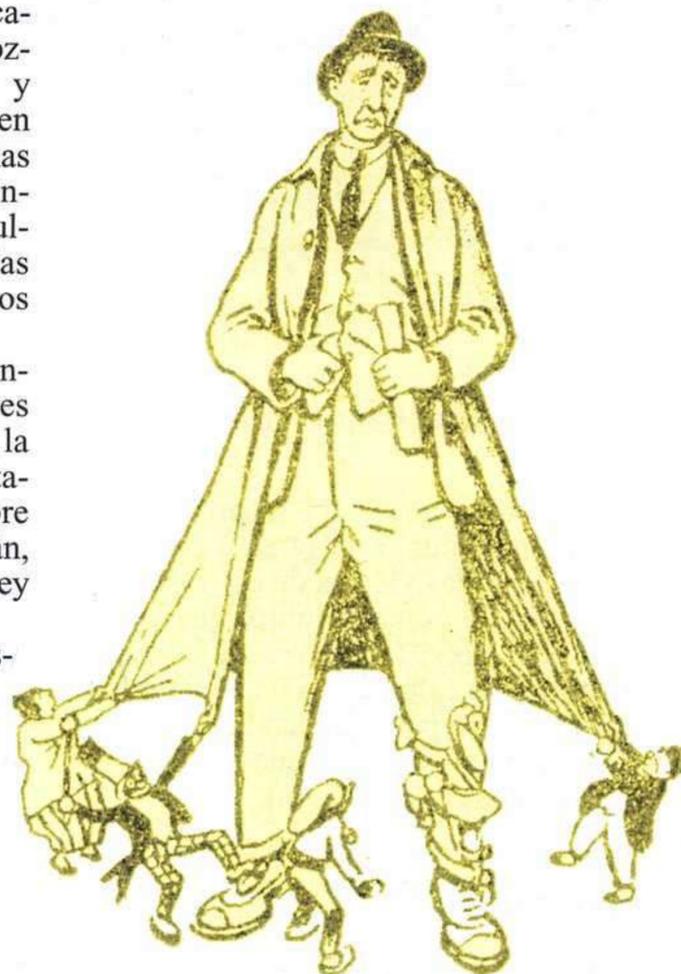
Este período, especialmente bien estudiado por Antonio Martín en su *Historia del cómic español: 1875-1939*, lamentablemente no completada hasta la fecha con una segunda parte, hacía concebir con su *crescendo* unas posibilidades excelentes para una historieta que poseía ya los dos factores claves para su desarrollo: un público fiel y unos crea-

dores excepcionales y especialmente inquietos, de lo que da fe el buen hacer que muchos demostraron en otros ámbitos (ilustración, cartelismo, teatro, pintura o literatura).

Aún así, sigue siendo ésa una parcela bastante ignorada de nuestra memoria por diversos factores: la brusca ruptura con el pasado que impuso el régimen del general Franco tras su victoria, la ausencia de estudios especializados, y el desconocimiento que una parte importante de la crítica de tebeos posee sobre aquella etapa, aspecto éste último que explicaría algunas de las necesidades mantenidas con evidente cabezonería por supuestos especialistas.

El desenlace de la Guerra Civil frustró muchas de las expectativas creadas, no sólo por el encarcelamiento, exilio o fusilamiento de algunos de los mejores creadores, sino, muy especialmente, por el rumbo que el nuevo régimen quiso imponer, con criterios de moral decimonónica, cuando no con altas dosis de politización, a los tebeos. Un sesgo que los franquistas habían dejado ya sentir

La historia de la historieta española tuvo, como en otras latitudes, unos inicios a fines del pasado siglo que le auguraban un futuro prometedor. Con un género cuyas posibilidades se encuentran en estado balbuciente, empiezan a despuntar autores, como Apel.les Mestres, que en muchas de sus páginas llegan más lejos que algunos de los celebrados pioneros norteamericanos. Pero es, sin duda, en el período comprendido entre el comienzo del presente siglo y el estallido de la Guerra Civil, cuando cristalizan las propuestas que prestan consistencia a este medio en nuestro país, desde el surgimiento de la revista *TBO*, en 1917, que acabará por conferir su nombre a toda publicación especializada en historietas, hasta el nacimiento de una generación de autores que han comprendido ya la especificidad de esta narrativa y, tanto en el humor como en las aventuras de corte realista, empiezan a sentar las bases de las distintas formas en que se puede abordar esta gramática.



Caricatura de Opisso (Virolet, 1923).



Portada de Serra Massana para Virolet, 1923.

en las publicaciones que sacaron durante la contienda (no puedo evitar el recuerdo de las viñetas de ese niño uniformado, de nombre Julito, que en un relato de la revista *Pelayos*, se lamentaba, mientras estudiaba, con la siguiente queja: «¿Pero para qué tendré que estudiar si para matar rojos, que es lo que yo quiero, no se necesita...?»).

Época dorada

Pese a esa circunstancia, que se tradujo en una censura feroz (¿qué pensar de

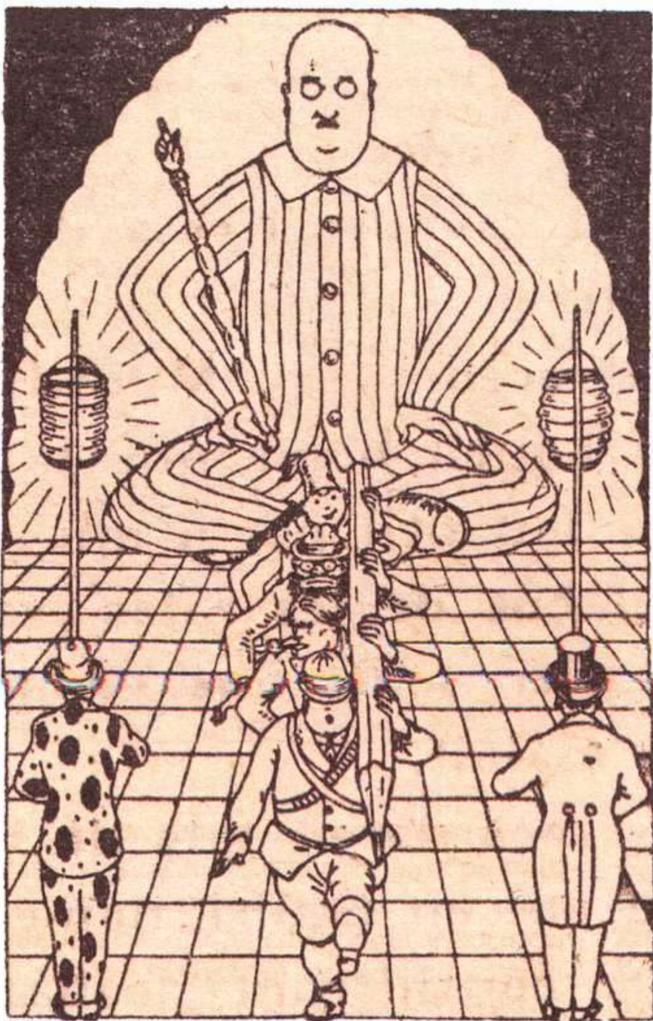
unos censores que a veces prohibieron la representación de muchachas con coletas, por considerar ese tocado capilar como lascivo?) y en unas directrices demenciales, la historieta vivió una época dorada en cuanto a su aceptación, que se prolongaría hasta que, a mediados de los años 60, la televisión empezó a irrumpir masivamente en los hogares españoles y modificó muchos de los comportamientos de la población.

La mayor parte de nuestros clásicos —sobre los que escribe Laureano Domínguez en su artículo— nacen a lo largo de esa veintena de años oscuros,

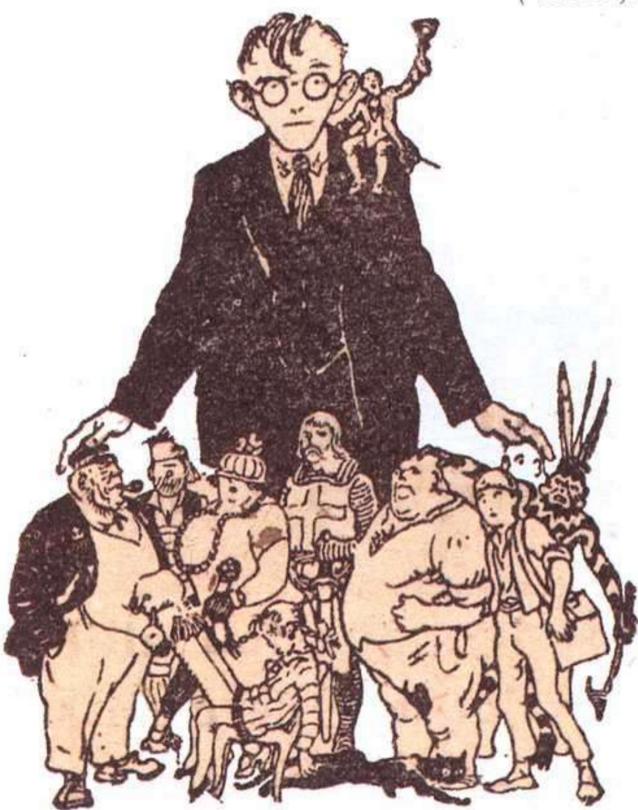
en los que la historieta sirvió para amortiguar la asfixiante y gris realidad que presidía la vida de grandes y pequeños. Las revistas y los cuadernillos apaisados alcanzaron niveles de venta extraordinarios y fomentaron la afición a seguir semanalmente las peripecias de héroes como Cuto (dibujado por Blasco), El Capitán Trueno (Ambrós), El Jabato (Darnis), El Cachorro (Iranzo), El Inspector Dan (Giner), Apache (Bermejo), Diego Valor (Buylla y Bayo), Roberto Alcázar y Pedrín (Vañó), El Guerrero del Antifaz (Gago), o los que aparecían en «Hazañas Bélicas» (Boixcar) o «Aventuras del FBI» (Bermejo).

Detrás de algunos de ellos había excelentes dibujantes y, por supuesto, guionistas que supieron captar el tipo de aventura que los lectores esperaban. Víctor Mora es, sin duda, el que mejor supo combinar los elementos necesarios para conquistar al público con una fórmula que, con pequeñas modificaciones, se repetiría en casi todos sus héroes, desde El Capitán Trueno hasta, más próximo en el tiempo, El Corsario de Hierro, pero habría que mencionar también a Quesada, González Ledesma, P. Gago, Amorós, Jarber, Hispano, Manzanares o González Casquel, entre otros.

Sin embargo, con ser importante la contribución de estos creadores a aquel instante de auge, somos unos cuantos los que creemos que fue, precisamente en el terreno del humor (sobre todo en publicaciones como *TBO*, *Pulgarcito* —y por extensión todas las revistas humorísticas del Editorial Bruguera— o *Jaimito*), donde se puede encontrar el legado más fértil de aquellos años. Cifré («El Reportero Tribulete»), Jorge («Doña Urraca»), Coll y Benejam («La Familia Ulises»), Vázquez («Las Hermanas Gilda»), Conti («Carioco»), Peñarroya («Gordito Relleno»), Karpa («Jaimito»), Palop («Bartolo el Vago»), Segura y Schmidt («El Profesor Tragacanto»), Figueras y Escobar («Zipi y Zape»), Raf o Ibáñez («Mortadelo y Filemón»), entre otros, enlazan, pese a la dificultad del contexto, con las inquietudes desplegadas antes de la guerra, y consiguen un nivel narrativo espléndido, que ha sido y sigue siendo poco valorado en función de la absoluta dedicación a un público infantil que



Caricatura de Serra Massana (Virolet, 1923).



Caricatura de Junceda (Virolet, 1923).

tenían sus páginas, al mismo tiempo que trazan un panorama costumbrista plagado de precariedades.

Todo lo antedicho, según los especialistas miopes, sería historieta. El cómic, entendido por ellos como un medio para adultos, no nos llegaría hasta finales de los años 60 y principios de los 70, cuando una nueva generación de autores trata de vincular esta narrativa con unos lectores de mayor edad. Lectores que, siempre lo he pensado, habían crecido leyendo tebeos; no creo, me temo, que se enganchase ninguno nuevo a este hábito nefando.

Esa historieta adulta, que en muchos casos de adulta sólo poseyó el calificativo en la portada de sus publicaciones, creó el espejismo de un nuevo boom, habida cuenta de lo mal que habían llegado a estar las cosas, al que no fue ajeno cierto interés oficialista por aproximar nuestra situación a la de los países vecinos, como en el caso de *Trinca*, una revista nacida al calor de los últimos coletazos de aquello que se llamó, con un sentido del humor no premeditado, el Movimiento.

Visto retrospectivamente, aquel tiempo, que fueron los años débiles del fran-

10 TBO 10

ENTIMOS ENTIMOS

Año IV

Redacción y Administración: Industria, 201 bis.-BARCELONA

Núm. 156

Problema de distancias



—La verdad que es un problema muy difícil para mis cortas facultades y no encuentro la solución.

—Oye, papá, ¿qué distancia hay de Barcelona a Madrid?
—Creo que son 500 kilómetros. Si no mienten las guías que yo he leído durante varios años.



—Bueno, pero ahora dime cual es la distancia de Madrid a Barcelona.
—Es la misma. Esto no tiene vuelta de hoja; y también está en todas las guías.

—¡No puede ser, te equivocas!

—Fíjate: de Nochebuena a año nuevo hay una semana, pero desde año nuevo a Nochebuena hay cerca de un año. ¿Te fijas?
—Verdad. Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, etc.

Portada del año 1920 con el niño TBO creado por Opissa.

HISTORIETA



BENJAMÍN, TRAGEDIA CASERA, TBO, 1936.

quismo y los primeros de la transición a la democracia, contaron con mucho fuego fatuo y con unos pocos autores que hicieron realidad esa condición de madurez que reclamaban: Carlos Giménez, Adolfo Usero, Enric Sió, Alfonso Font, Esteban Maroto, Hernández Palacios, Víctor de la Fuente, Josep Maria Beá, Miguel Calatayud, Ventura y Nieto y El Cubri, entre otros.

Los eufóricos 80

Un nuevo período de euforia (hace treinta años que la euforia y la depresión vienen siendo cíclicas) se produciría al comienzo de los 80, en coincidencia tanto con una política editorial de difusión de las obras extranjeras que nos habían sido hurtadas por nuestros paternalistas responsables, como, sobre todo,

por la aparición de una nueva generación de autores que respondía a inquietudes muy distintas de las de sus predecesores. Esa década vio nacer publicaciones como *El Víbora*, *Cairo* o *Madriz*, paladines cada una de una forma de entender la historieta. *El Víbora* en sintonía con el *underground* norteamericano, *Cairo* con la línea clara de la tradición franco-belga, y *Madriz* tratan-



ESCOBAR, ZIPI Y ZAPE, BRUGUERA, 1981.



VANÓ, ROBERTO AICAZAR Y PEDRÍN, EDIVAL, 1979.



GAGO, EL GUERRERO DEL ANTIFAZ, EDITORA VALENCIANA, 1981.

do de vincularse con las inquietudes de la plástica posterior al desfallecimiento del concepto de vanguardia. Gallardo, Mediavilla, Max, Mariscal, Nazario, Laura, Martí, Pons, Miguelanxo Prado, Daniel Torres, Federico del Barrio, Rubén, Joaquín López Cruces, Ana Juan, Javier de Juan o Ceesepe, son algunos de los nombres que conviene retener de aquellas diferentes experiencias, de las que sólo *El Víbora*, convertido en una caricatura de lo que fue originalmente, sobrevive en la actualidad.

Justo cuando se empezaba a atisbar una generación más joven continuadora de esas inquietudes, la industria se derrumba y llega un nuevo instante de pesimismo. Sólo que esta vez las señales son mucho más sombrías que en situaciones precedentes. La mayoría de las revistas que publicaban material español han desaparecido de los quioscos, arrumbadas por publicaciones con material norteamericano de superhéroes o japonés de todo pelaje (el grado de especialización del tebeo japonés es infinito: hay desde revistas para colegialas de 15 años, hasta revistas para Nipones Jóvenes Aunque Suficientemente Preparados de 20).

En medio de este desastre, los pocos profesionales que aún tienen fe en la historieta, y ganas, deben recurrir a publicaciones minoritarias como *Noso-*

tros somos los muertos, o a pequeñas editoriales como Cameleón Ediciones o Malasombra Ediciones, para desempeñar una tarea que bien puede calificarse de resistencia.

Y, mientras tanto, la historieta sigue esperando quien la haga y quien la desarrolle hasta conocer cuáles son sus posibilidades reales, algunas de las cuales

siguen hoy tan inexploradas como cuando, a finales del pasado siglo, sus pioneros se enfrentaron a una página en blanco. ¿La van a dejar crecer algún día, como dejaron al cine, o estamos ante el golpe definitivo contra un *nasciturus*? ■

*Felipe Hernández Cava es guionista de historietas y crítico de arte

